ILMO. SR.

FRAI JOSE MARIA PORTUGAL

OBISPO DEL SALTILLO, COAHUILA.

Vamos a tratar un asunto de suyo importante por la trascendencia que tuvo para la religión cristiana en todo el Orbe. Nos referimos a la revolución francesa que, trastornando el orden natural de las cosas, cambió la faz política i religiosa de un Reino en el que se había conservado incólume la creencia verdadera.

Algo como la *comuna* fué, i no otro, el movimiento revolucionario que llevó al patíbulo a Luis XVI i a la infortunada María Antonieta, e hizo del Delfin, del pequeño Capeto, el educando del vicioso zapatero Simón.

La guillotina segaba cabezas de altos personajes; los odios i los rencores de un pueblo desordenado querían arrollar los dogmas i los principios religiosos para minar en su base el edificio social de aquella nación que por tantos siglos fué la grandeza del mundo civilizado.

Bayle, en su Diccionario Histórico-crítico, reputado como una autoridad, se expresa así de aquellos acontecimientos: "Así como al Sol precede la Aurora, del mismo modo fueron vanas las cosas que precedieron i anunciaron la revolución francesa.

Desde el principio del siglo XVIII había abierto la senda para ella según la libertad acostumbrada de los impíos filósofos.

Operarios infatigables fueron en las obras preparatorias de zapa moral, los deístas, los verdaderos émulos de los calvinistas i los panteístas, según el dictamen del gran Bossuet.

Las filosofías absurdas se entronizaron en los planteles públicos i privados, en las Academias i en las cátedras en que campeaban Walter i Rousseau i hasta en el hogar fueron a corromper el corazón de la mujer, fuente envenenada por esa libertad de pensar, que no es otra cosa que el libertinaje para autorizar las malas pasiones.

En cuanto al aspecto político, que fué el germen de aquella revolución, no pudo ser más loable, i si fracasó era porque faltaba el apoyo divino.

Luis XVI convoca dos juntas de notables para aliviar al pueblo de los impuestos i tributos onerosos a la sazón que el Erario estaba exhausto con los gastos de las guerras i las deudas que anualmente se contraían, i se acordó reunir juntas generales de los Estados, compuestas del clero, de la nobleza i del pueblo.

Forma mui adaptable a la igualdad i que hubiera

dado excelentes resultados si Neber, maestro protestante i hombre que figuraba en la Corte, no propone i logra que el pueblo estuviese representado en número de seiscientos, en tanto que el clero i la nobleza lo estaban en el de trescientos respectivamente.

Aquella mayoría absurda dió al traste con las altas miras del soberano que, digno hijo de San Luis, subió al Cielo con la palma del martirio.

El pueblo por medio de un mensaje dirigido al clero i a la nobleza, se impuso para que se juntasen en uno todos los estados, i entonces fué cuando la división fué más sensible. Ciento veintiseis eclesiásticos i cincuenta de la nobleza siguieron tal parecer; los primeros, entre los que estaban los Arzobispos de Viena i Burdeos i el Obispo de Autun, contra la voluntad de sus compañeros que veían venir la ruina para el poder de la Iglesia.

Desde la toma de la Bastilla, que no fué más que el resultado de un motín, el pueblo se fué haciendo de la situación, desconociendo al Sumo Pontífice, negando a la Iglesia los derechos sagrados del diezmo, i al Estado los del feudo, hasta que entró por completo la anarquía i la autoridad real quedó sin la potestad debida.

Tales eran los trabajos de la llamada *Asamblea Nacional* que el rei, por supuesto, se negó a sancionar, cayendo en las iras de ese pueblo inmoral que asaltó Versalles la noche del 5 de Octubre de 1789, en número de treinta mil hombres, atentando contra la vida de la reina, su augusta soberana i asesinando

a muchos soldados que defendían el palacio, mandados por el fiel General Lafayette.

El juramento de la confederación fué el golpe decisivo para la Iglesia i el Estado; para la una, porque se la despojó de los bienes que piadosamente había adquirido del procomún de los fieles, i para el otro, porque cambiaron por completo los tribunales en virtud de la Constitución civil, que no fué más que un Código al capricho para saciar ambiciones personales i dar rienda suelta a decretos que la lei humana i moral no sancionaban porque eran el resultado de las soberbias de un pueblo rebelde i no los frutos de la sana razón.

Así fué como dió principio aquella revolución en la que tan abatida se vió en Francia la Iglesia Galicana que por tantos siglos había florecido.

Muchos fueron los sacerdotes sacrificados antes que apóstatas, i pocos, mui pocos, los que cedieron, para baldón de su nombre, a las hordas de aquel pueblo sediento de libertinaje, ebrio de sangre e insaciable en sus innobles ambiciones.

De entonces hasta la presente, los errores de un siglo corrompido cundieron fatalmente para la pobre humanidad siempre asediada por el ángel del mal en todas las manifestaciones de la vida moral i material, i la Iglesia ha tenido que hacer esfuerzos supremos por medio de sus Ministros para destruir esos errores i hacer que la verdad impere.

Al frente de los Walter i los Rousseau está el clero

de todas las épocas, que ha sabido combatir espiritualmente por el imperio de la Iglesia.

La cátedra sagrada se yergue sostenida por la Divinidad sobre las ruinas de la tribuna en que los Marat, los Ravachol i los Danton deponían en sus discursos los gérmenes malditos del averno.

El parlamento francés, el que en pensamientos sofísticos proclamara la libertad mal entedida, ha desaparecido con la plenitud de los tiempos, en tanto que por doquiera se han levantado i se levantarán nuevos templos en los que el alma halla su verdadera libertad.

La sangre del gran Clovis regó los campos de la religión que no será nunca destruida, i el polvo de los huesos de San Luis se ha multiplicado en los desiertos de la vida para santificarlos.

I el cristianismo domina i la Iglesia Galicana impera.

I ese dominio i ese imperio se debe á los sacerdotes que se conservaron fieles a Jesucristo, i que con su ejemplo prepararon la generación eclesiástica que hoi vela por el sostenimiento del Cristianismo.

Frai José María Portugal, el hoi Ilmo. Sr. Obispo de Saltillo, Coahuila, es uno de los sacerdotes de esta generación que ha reconquistado muchos de los principios combatidos i casi tenidos por falsas filosofías, i a él debe la humanidad creyente, como adelante veremos, muchos de los tesoros que la Iglesia tiene para enriquecer al espíritu. ¿Cómo fué la gestación moral e intelectual de tan virtuoso Prelado?

En el hogar i en la escuela, en el monasterio i el Curato, hasta llegar a ser digno de ocupar una silla episcopal, en la que su talento i su abnegación cristiana han hecho la felicidad de los fieles que gobierna.

En la mansión del amor sublime, a la que llega, como premio del Cielo por las bondades del matrimonio del Sr. D. Luis Portugal i la Señora Doña Dolores Cervantes, el año de 1839, le vemos heredando la riqueza moral de sus mayores, entre los que se recuerda con veneración al Sr. D. Juan Cayetano Portugal, Obispo de Michoacán, i los de sus ascendientes que han figurado en las ciencias i en las artes, ya en la alta política como en las ramas más importantes de la República Mejicana, a la que pertenece Frai José María Portugal, pues nació en la ciudad de Méjico.

En las aulas, que fueron las escuelas de Guadalajara, en las que a los diez años concluyó la educación primaria, en el Seminario Conciliar de la misma población, dirigido a la sazón por el Dr. D. Agustín de la Rosa, Canónigo honorario de la Catedral del Estado, le hallaremos siempre triunfante en los estudios hasta llegar a sobresalir de sus compañeros.

En la Orden seráfica de los Menores de S. Francisco, en el Apostólico Colegio de Santa María de Zapopan, adolescente aún, toma con decidida vocación el noviciado, i pasando por todas las pruebas durísimas con admirable abnegación, toma, por fin, el hábito azul, i al profesar i ordenarse de Presbíte-

ro, ve colmada su noble ambición al consagrarse al servicio del Señor.

Con justicia la Orden le premia confiriéndole el cargo de Comisario General en Méjico, i el Prelado le hace Cura de almas en Guadalajara.

Con justicia Su Santidad León XIII se fija en él para hacerle Obispo de Sinaloa, por la sentida muerte del Ilmo. Sr. Uriarte, i es consagrado con gran pompa, en Guadalajara, por el Ilmo. Sr. Loza i Pardavé el 8 de diciembre de 1888.

Encumbrado al solio episcopal, a ese pináculo al que le llevaron sus virtudes, viene a Méjico, su ciudad natal, para asuntos teológicos, su talento le conquista la admiración de sus paisanos, i regresa a su Diócesis llevando el recuerdo gratísimo de su permanencia en la Capital de la República.

De entonces a la fecha, cuánto no ha trabajado el Ilmo. Sr. Portugal en todo lo que se refiere a su misión.

De aquellos tesoros de ternura paternal que recibió como un precioso legado; de todos los dones que Dios le ha concedido, nada escatima i todo lo reparte piadosamente.

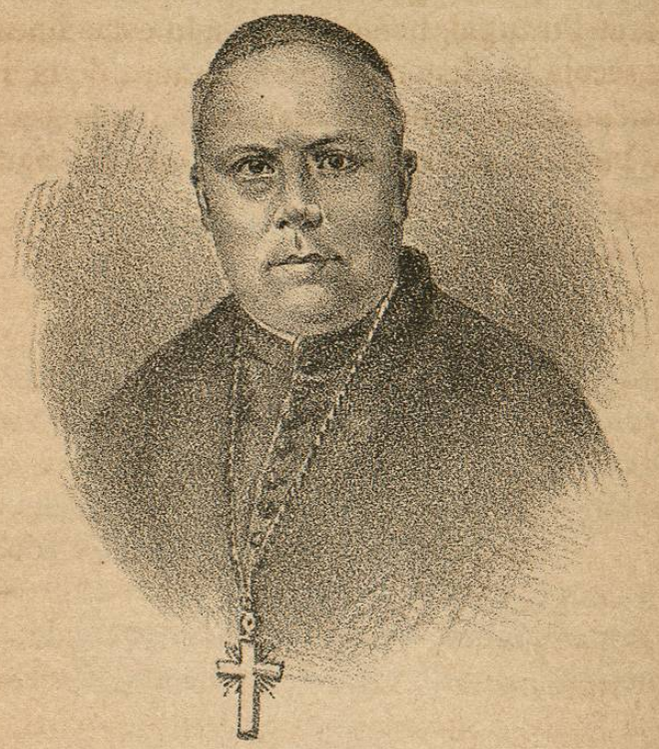
Habiendo dispuesto la Superioridad que pasara a la Mitra de Sinaloa, llegó al Saltillo, donde fué recibido con beneplácito.

Allí ejerce con igual celo el episcopado, siendo modelo de virtud como lo fué en el hogar i en el claustro.

Predestinado por su Divina Majestad, no le fatiga

la ardua labor espiritual i no descansa en la brega sagrada de su ministerio.

Para satisfacción del Prelado, para júbilo de los diocesanos que ha tenido i tiene como a hijos queridísimos i para orgullo de los parientes de Frai José María Portugal, hemos publicado estas líneas. Que las recoja la Historia contemporánea de la Iglesia i haciéndolas más autorizadas, haga imperecedera, como merece, la memoria de este hijo de San Francisco.



ILMO. SR. DR. D. MIGUEL MARIANO LUQUE AYERDI,
OBISPO DE CHIAPAS.